



## CAPITULO IV

Emigraciones de los pueblos del Mediodía.—Los pelasgos.—Orígenes y primeros establecimientos.—Ocupacion de la Grecia.—De Italia.—Lucha con los iberos.—Constitucion social.—Tradiciones religiosas y cosmogónicas.—La ciudad.—Culto: el Dios único; la Trinidad cabérica.—Los dioses inferiores.—Ritos y ceremonias.—Establecimientos en Asia Menor, en Grecia, en Iliria, en Italia.—Grandeza y maldición de los pelasgos.—Resúmen y conclusion.

Los pelasgos, cualquiera que sea su denominacion nacional, perdida hoy, son tambien originarios del Asia. Las antiguas tradiciones de la Armenia nos representan á los descendientes del patriarca Jorghom ocupados en expulsar de su territorio á los hijos de la tierra, los skadji ó titanes (1); y despues de hacerles pasar las fronteras de la Capadocia y del Ponto, y de ponerlos entre sus ganados, mercaderes de trigo y de metales, las cadenas del Tauro, entonces se vuelven á su patria ya libre, y los abandona á los azares de su nueva vida.

Esta península, que el Asia tiene como un guardia avanzado entre el Mar Negro y el Mediterráneo, el Asia Menor, va á ser el teatro de una historia especial. Esta será la tierra sobre la cual se verificarán los choques de las razas donde tendrán principio y fin las contiendas de la Europa y del Oriente. Ningun país se ha visto surcado, atravesado por tanta diversidad de naciones; ninguno ha sido sucesivamente poblado y destruido por mayor número de conquistadores extranjeros; ninguno ha presenciado luchas tan encarnizadas y de tanta duracion.

Pero al mismo tiempo que la raza de Cam se extendia por el Mediodía, que los hijos de Canaam poblaban la Palestina, fundaban sus veinte pequeños reinos, ó se establecian sobre las costas de la Fenicia, los pelasgos, siguiendo el camino que se les ofrecia expedito, se ex-

(1) *Ruik von Silienotern*, obra ya citada; *Schulswort*, etc.

tendian por todas las comarcas de la península asiática, del Euxino, y desde el Tauro al Mediterráneo.

Sus excursiones no pararon allí, sino que, en épocas imposibles de determinar, avanzaron todavía más. El Bósforo de Tracia, que es posible fuera entonces un istmo, les dió paso á las riberas septentrionales de la Grecia, mientras que las islas de que está sembrado el Mar Jónico les conducian hasta la Macedonia. A su paso someten la Grecia: siguen caminando, pero allí, como en Asia, siempre en el mismo orden, siempre con su carácter, descuajando los campos, edificando ciudades sobre las alturas, horadando los flancos de las montañas para extraer los metales, ó para dar salida á los rios y á los lagos que amenazaban inundar los valles. Doce *poléis* (ciudades) sobre la orilla del Strymon, doce villas en el Atica, en todas partes ciudadelas, en todas partes *Iarissas*, tales son las señales que estos viajeros han dejado de su marcha. Descienden todavía, pasan el istmo de Corinto, se establecen en los confines del Peloponeso y se extienden por *la hoja de moral* (Morea).

Pero no todo el pueblo habia seguido el mismo camino, sino que se habia separado parte al pié de las cadenas de *Dozona*, y otro ejército habia tomado el camino del Occidente hacia el país de Hesperia. Cruzando la Iliria, costeano el Adriático, habian evitado los pantanos del Eridiano, pero sin abandonar las riberas de este *rio-rey* (1), donde varias ciudades

(1) *Fluviorum rex Eridanus*, Virgilio.

formaron una nueva confederacion (1). Rávena se habia colocado á la cabeza de otra liga, la de las ciudades pelásgicas que se habian edificado sobre las dos vertientes del Apenino hasta las riberas del Arno, desde las orillas del Tiber hasta la isla de Cerdeña (2), donde se encuentran sus antiguas ruinas, los *nohuraghes*.

Sobre la misma época (1600) llegaban al Occidente los pueblos de raza ibera. Allí hubo combate, triunfo, y sobre todo fusion; porque este último hecho es el solo dominante, el que únicamente puede hacerse constar. En este encuentro, como en todas las invasiones y movimientos de los pueblos en estos remotos tiempos, sólo puede apreciarse el resultado; y frecuentemente tambien, ¡por cuántas conjeturas hay que pasar para llegar á una probabilidad!

Como quiera que sea, de todas las investigaciones modernas y del testimonio espreso de los antiguos, parece resultar este grande hecho: que anteriormente al año 1600 antes de nuestra era, las tribus pelásgicas dominaban en todo el país que baña el Mediterráneo desde el Tauro hasta el mar Tirreno (3).

Por otra parte, el pueblo pelasgo no era otra cosa que un pueblo bárbaro y salvaje, como los hijos de *Javán*, como los hijos de los titanes. Los historiadores de la antigüedad griega, órganos apasionados de los vencedores de esta raza, han podido representarla bajo caracteres vergonzosos. No hay aquí más que una ignorancia de toscos conquistadores, un odio de celosos dominadores, ó una envidia de familia. Esto se explica «por el desprecio que inspiran á las tribus heroicas las poblaciones agrícolas é industriosas que les habian precedido (4).»

Tales son, en efecto, los pueblos pelásgicos. Parece que lo esperan todo de este país, al cual atribuyen hasta su origen. Agricultores infatigables, en todas partes trabajan su seno y le

(1) Nieuburh, *Historia romana*, traduccion de Golbery; Michelet, *Historia romana*.

(2) Olavier, *Italia antigua*.

(3) Véase á Nieuburh, *Historia romana*; R. Rochette, *Historia de las colonias griegas*, t. I; Freret, *Obras completas*, y todos los pasajes citados por estos autores; finalmente, la conclusion del profesor R. von Libienetern, ya citada.

(4) Michelet, *Historia romana*, I.

fertilizan; atrevidos mineros, se precipitan, llevando la lámpara delante, hasta las entrañas de la tierra para extraer de ella los metales. Los *pelasgos* levantan un templo á Cérés Pelásgica (1), y los *ciclopes* y los *telchines* funden el oro y la plata, y hacen las primeras estatuas de los dioses (2).

El fuego debia ser honrado entre estos hombres, que daban á sus dioses y tomaban alguna vez el nombre de *herrerros* (Cabiroi, *Cabirim* en persa). Tan poderoso auxiliar de la industria humana es sagrado para la familia, lo mismo que para el pueblo. La «piedra del hogar», *Hestia, vesta*, donde se enciende el fuego, símbolo oriental del poder fecundante del astro del día, símbolo occidental del genio doméstico, es de cualquier modo el altar de la propiedad, bajo cuya proteccion se funda la sociedad pelásgica. Este es el lugar santo de la morada, el refugio y asilo abierto al malhechor. El extranjero que la ha tocado, el que se ha sentado junto á ella, se hace inviolable.

En derredor del hogar de esta piedra angular, se levanta la ciudad *Larissa*. Colocada sobre un cerro, domina los campos y guarda proporcion con las otras once ciudades, sus compañeras y hermanas, que están situadas en las inmediaciones. Las razas pelásgicas manifiestan una constante predileccion por el número doce.

Hay, por lo demás, en todo lo que se refiere á esta antigua nacion, cierto aire de grandeza por una parte, y de misterio por otra, que maravilla y sorprende. Estos gigantes edificaban para el porvenir: constructores hábiles y audaces, ostentan en sus enormes monumentos toda la ruda energía que caracteriza las obras gigantescas del antiguo Oriente. Tales son los toscos pedazos de roca, pedruscos informes, que la fuerza y la mecánica han sobrepujado con esfuerzos infinitos, y que desafian los siglos con su espantosa inmovilidad. El Asia Menor, la Grecia, la Italia, están sembradas de estos formidables circuitos. Mudos testigos de un poder formidable, los muros cicló-

(1) Pausanias, *Corinth.*, XXII.

(2) Diodoro de Sicilia, V.



peos ven caer á sus piés todos los días las mezquinas construcciones que las naciones han colocado sucesivamente sobre sus firmes fundamentos, y fuertes como la roca, desdeñan los vanos esfuerzos del tiempo y de los hombres (1).

La religion de los pelasgos tenia algo de majestuosa y sencilla en su doctrina, de sombría y terrible en su culto (2). Encima de los astros, encima de los elementos, y en una region completamente intelectual, aparecia luego el Dios único, inefable, que inmediatamente y por una degeneracion muy vulgar viene á ser el gran Todo, *Pan*. Inmediatamente despues mandaban las tres grandes potestades, los espíritus organizadores y reguladores: Axieros, Axio-Kersos y Axio-Kersa, el todopoderoso, el fecundante y la fecundadora.

El universo ha salido de sus manos, y bajo su triple accion todo vive y se mueve: ellos disponen y reinan. Al lado de esta trinidad, y en un orden inferior, se coloca el mensajero, el Servidor por excelencia, el dios de la ciencia, de la palabra y de la sabiduría, Kasmilos. Este es por el que se transmiten á los obedientes mundos las órdenes superiores, y mientras que él vela por la existencia general, su mujer, Harmonia, hija Axio-Kersos y de Axio-Kersa, conserva el orden en el gran todo y estrecha los lazos universales. Tales son los anakos ó los tritopatores, como les llamaba Atenas (3). Tales son estas divinidades soberanas, cuyo principal santuario estaba en las rocas de Samo-

(1) Véanse los bellos trabajos de *M. Petit Radet* sobre las construcciones ciclópeas: este sabio ha legado á la *Biblioteca Mazarina* un gran número de modelos en relieve, representando las más importantes de sus construcciones en el estado que las ha dejado el tiempo.

(2) No debemos pasar en silencio, que eminente sabios no han querido referir el culto de los cabires á la raza pelásgica y han hecho un atributo exclusivo de los fenicios. Sus razones no nos parecen convincentes. Es muy posible que haya habido entre los dos pueblos relaciones que dieran por resultado una especie de alianza en las creencias; pero el carácter de los cabires de Samotracia nos parece esencialmente pelásgico; tal es la opinion de los más autorizados eruditos.

(3) Véase *Creutzer*, *Symbolik*, y las Notas de *M. Guigniaut*.

tracia y bajo los seculares robles de Dodona.

Pero esta alta concepcion religiosa, esta trinidad de poderes y de personas divinas, no estaba al alcance de todos los espíritus. Se corrompió entre las masas, despues fué alterada por los dioses de las colonias extranjeras, y finalmente, perseguida despues de la conquista de los helenos, por su odio y sus proscripciones, se vieron obligados á ocultarse en las sombras del misterio y en las profundidades de los templos de Samotracia, ó á resguardarse en el de Eleusis.

Además, al lado de los órdenes inferiores, los genios de la tierra y de los hombres, los astros del cielo, sobre todo los siete planetas, recibian homenajes y adoraciones. Cada tribu tenia despues su divinidad predilecta, y frecuentemente la rivalidad entre los dos cultos encendió la guerra entre los adoradores de los dioses enemigos. Neptuno y Juno se disputaron á mano armada los altares y el incienso de los argeos; la lucha fué larga y sangrienta. El personaje celeste dominante en esta época remota, es Saturno (1), el astro ó el dios, cuyos ídolos estaban rociados con sangre humana, y que, tomado quizás de los caldeos ó de los sirios, podia, por las vicisitudes de su fortuna, servir de símbolo al pueblo que le adoraba. Como él, reinó sobre la raza de los pelasgos; como él, será arrojado por su hijo Zeus ó Júpiter, buscará refugio y vendrá á ocultarse en Italia, donde el odio de su familia le perseguirá hasta el fin.

Las formas terribles de esta religion, las pruebas que hacia sufrir, el culto de las divinidades subterráneas que adoraba, admiraban á la multitud. Representados estos dioses bajo la forma de enanos disformes (2), no se podia aproximar á ellos más que despues de una purificacion completa, despues de una confesion que abarcara toda la vida, y de haber sido absuelto por el Koiés (1) (sacerdote), despues de los sacrificios de expiacion que horrorizaban á los creyentes. La voz del gran sacerdote y sus

(1) *Satrun* en siríaco, *el rey que se oculta*, rey del Lacio. (Véanse las notas de *M. de Sacy* sobre *Abulféda*.)

(2) Pausánias, *Laconia*.



imprecaciones contra los profanos, las ceremonias de la iniciacion, la corona de olivo, la banda de púrpura, la danza mística y los recuerdos del asesinato de Cadmilos, muerto por sus hermanos, agitaban fuertemente los espíritus y dividian la ciudad en dos castas, una de las cuales se creia formada de una naturaleza superior á la otra, á quien trataba con desprecio. Los nuevos habitantes, y sobre todo los bárbaros helenos, que más tarde subyugaron á los pelasgos, quedaron desde luego sorprendidos, cuando vieron los maravillosos resultados de la industria de los vencidos; cuando vieron á sus herreros trabajar todos los metales, cambiar la forma de los objetos y manejar á su voluntad la piedra y el trueno (2); cuando les oyeron hablar de monstruosas divinidades importadas del Oriente, los dioses serpientes y los hombres dragones, encargados de guardar los tesoros subterráneos, el temor se apoderó de ellos. Su imaginacion turbada representó á estos artesanos y mineros como mágicos impíos y temibles encantadores. Toda la naturaleza obedecia á los telchines: «Ellos arrojaban á voluntad, se dice, el agua del Styx sobre las plantas y los animales, ó castigaban á los hombres con enfermedades crueles (3). Los iniciados se reian de las tempestades, que desencadenaban sobre los mares con sólo pronunciar algunas palabras, y el agua lustral los salvaba de todo dolor físico. Esto era bastante para merecer la proscripcion. El culto debió perecer con la nacionalidad.

Y se dirá, en verdad, que una maldicion terrible pesó sobre este pueblo infeliz. Despues de haber dominado sobre vastas comarcas durante muchos siglos, despues de haber dejado por todas partes vestigios de su grandeza y de su fuerza, desapareció por completo bajo el yugo de conquistadores bárbaros. De sus numerosas tribus, unas eran borradas de la tierra

(1) «Kois», nombre del sacerdote que presidia la iniciacion, se deriva quizás del verbo *akuocin*, oír, comprender, ó del hebreo *cohen*, sacerdote divino. (Cantú, *Historia Universal*, t. I.)

(2) Los telchines de Creta y los dactyles del monte Ida se atribuyen este poder.

(3) Strabon, XIV.

y las otras se confundirán con los vencedores, ó se extinguirán en una dura servidumbre.

Mas no ha llegado todavía el momento de esta catástrofe. La época que nos ocupa es la de su más brillante dominacion. Probemos á trazar rápidamente el cuadro de ella.

Mientras que en el Asia Menor se fundaba, á orillas del Orontes, la ciudad de Jonia (1), cuyo nombre recuerda á los juni, jonios, javanas, denominaciones generalmente aplicadas en Oriente á la raza de Jafet y de Javan, y que una *larissa* levantaba sobre el Tigris sus macizas murallas, las comarcas situadas al pié del monte Sipyló se reunian en una confederacion que reconocia por su capital á Esmirna, la ciudad de sólidas murallas (2), y que, «como las buenas estatuas,» tiene precision de ser retocada en tres distintas ocasiones.

Otros pasaron á la Troade, atravesaron el Bósforo, dejaron á Samotracia sus dioses y sus misterios, y hé aquí que se extendieron por la Tracia y por la Macedonia, hasta el segundo santuario pelásgico, ó santuario de Dodona, hasta la columna desde donde las proféticas «palomas» orientales daban sus oráculos (3). Dejémosles fundar sus doce ciudades y sus larissas de Tesalia, del Epiro; dejémosles correr la comarca de uno á otro mar; dejemos al jefe Ogiges descender á la Beocia y arrojarse hasta el Atica. Tambien el suelo es ingrato para estos primeros habitantes; un temblor de tierra y una inundacion terrible hace dispersar á la tribu de los hectenes.

Volvamos al Asia.

(1) M. R. Rochette habla de ella como de una fundacion de *Triptolemo* corriendo en busca de *Io*, hija de *Inaco* (t. I, pág. 151). Poco importa quién la fundó y por qué: el hecho basta. (Strabon, XVI; *Libanius*, XI.)

(2) R. Rochette, I. Él cita al retórico Aristides.

(3) Las «palomas» de Dodona que daban oráculos podian bien no ser otra cosa que las «Peleades», las tres sacerdotisas que servian este santuario. Notad su número y su nombre. Se les llamaba las «voces sagradas,» y su título de «palomas», oriental enteramente, significa «ave del pensamiento.» Estas son las voces que decian públicamente: «Dios era, Dios es, Dios será ¡oh Dios grande!» *Schabel*, Memoria sobre el monoteismo primitivo. (*Anales de filosofía cristiana*, t. LXI.)



Los hijos de los titanes se fijaron sobre el litoral de la Fenicia y Palestina; pero no tardó en faltarles tierra. En este país estéril, un solo partido podían tomar los que vinieron primero: el mar se presentaba á su vista, las montañas les ofrecían maderas de construcción. La necesidad, alguna pequeña ambición y el genio aventurero de los descendientes de Jafet, hicieron lo demás. De costa en costa, de isla en isla, Enak, Inakos, Inaco, el jefe ó rey, ganó el continente sobre sus frágiles esquifes y fundó á Argos.

Al rededor de ella se levantaron, como un enjambre, Micenas, Hermione, Tyrinte, Ephyre, que fué Corinto, Sicyone, Megara, Peliena. La Arcadia se puebla; Pelasgos, la nación ó el jefe, funda las primeras ciudades; antes de la tercera generación habían fundado diez y siete ciudades, entre las cuales sobresalieron Orcomena, Tejea, Mantinea.

La tribu de los leleges se estableció en Esparta, y erigió en honor de Onga, la diosa oriental, la de Ogiges y de la Beocia, su viejo templo, el primero quizá que tuvo la Grecia.

Una emigración de arcadios pasa al Epiro, en donde se verifica el encuentro y fusión de los hermanos, separados un instante.

En la Grecia Central habían arribado por el Norte los pelasgos de la Tesalia, de la Tracia y de la Macedonia. La reconciliación tuvo lugar entre ellos, y la Grecia fué poblada por completo.

En seguida aparece floreciente. Los Estados crecen y se fortifican; los cambios de poblaciones, los cruzamientos de las colonias se terminan, casi siempre sin efusión de sangre. Esta es la misma familia, que desde la punta de Ténaro hasta las riberas del Estrimon, se reparte las tierras abandonadas á su posesión.

Pero no basta á los pelasgos estos establecimientos en esta tierra, á la que han dado su nombre; «todo el país que actualmente se llama Hélada, se llamaba entonces Pelasgia,» dice Herodoto. Desde el Norte y Mediodía, por mar y por tierra, salen poblaciones, colonias, enjambres, que se dirigen, unas hácia el Occidente y otras hácia el Oriente. Los arcadios y tesalios conquistan la isla de Creta. Lesbos fué

ocupada. Pero donde principalmente dirigieron sus expediciones fué hácia la Hesperia. Eno-trienses y peucetienses se arrojan sobre las olas, y van á Italia á construir sobre las montañas sus pequeñas y contiguas ciudades, «como era entonces costumbre entre los antiguos (1).» Se acantonaron allí sin dificultad. La tierra estaba libre y despoblada. Repuesta de las convulsiones volcánicas de que ella conserva tan profundas cicatrices, la Italia, rica por la blancura de sus trigos, la Italia, país de los bueyes (2), les ofrecía una magnífica conquista, y no se privaron de ella.

La Iliria había dado también su tributo y sus colonias. Doce ciudades pelásgicas estaban asentadas sobre la ribera del Po, doce sobre el Arno. Esta era la tribu de los tirrenos; «aquellos mismos cuyos hermanos estaban en Lemnos y en Atica,» dice Tucídides (3), los gloriosos tirrenos que celebra Hesiodo, y sobre los que hace reinar á agrios y latinos. Habían sembrado de ciudades toda la costa de Pisa hasta la Enotria, la Sabinia sobre todo, donde se ven aún sus ruinas, y vivían en buena armonía con sus hermanos del Sur, los cuales habían cambiado ó mudado su primitivo nombre por el de Sículos.

Y de esta suerte, de uno á otro extremo de la Italia, solos ó vencedores de los iberos, los pelasgos dominan sin dificultad desde el Norte al Mediodía.

Este es el período de gloria y de triunfo para el pueblo pelásgico. Sus artes y su civilización se extienden por todas partes; pero un funesto destino la espera. Por todas partes un misterioso desastre persigue á esta raza industriosa y sensual, que se aficionaba siempre á los climas más benignos para la vida, y fué arrancada del suelo donde parecía querer arraigar por medio de imperecederos monumentos (4).

Antes que la sentencia tenga cumplimiento y asistiámos á nuevos trastornos, dirijámos aún

(1) Dionisio de Halicarnaso, II.

(2) Italia se deriva, dicese, de *Italos*, ó *vitulus*, becerro, buey. Cantú, *Hist. Universal*.

(3) Lib. IV.

(4) M. Dumont, *Hist. Rom.*, I, pág. 6.



una última mirada sobre el mundo occidental. Llegamos al siglo XV, que es la época de los grandes acontecimientos. Por una singular coincidencia, se verifican en todo el mundo grandes agitaciones.

El norte de la Europa es ocupado por la raza de los galos; saliendo del Asia y viniendo por el Norte, estos nuevos viajeros atacaron y casi destruyeron á la vieja raza de los iberos, que fué la primera que había abierto el camino. Encerrada en las montañas de la Península Hispánica, hácia el litoral de la Galia ó en el norte de Italia, la población eúscara comienza su decadencia de treinta siglos, viniendo á encontrar á los pelasgos bajo el suelo de Italia. Ellos arribaron por el Mediodía, por los climas templados. Estos últimos emigrantes conservan su poder y su gloria, ocupan toda el Asia occidental y todas las penínsulas griega é italiana. Este imperio será pasajero en ellos; el Occidente debe formarse de los restos de estos pueblos.

¡Singular destino el de estas tres primitivas poblaciones! Ruda é indomable donde quiera que el viento la arroje, siempre se conservará pura la raza eúscara, y antes que renunciar á

sí misma, sabrá morir. Los galos serán menos persistentes, y aceptarán, aunque no sin batallas, el yugo y la dominación; fogosos y ligeros, pero abatidos por el primer revés, recorrerán el mundo, acabarán por ser sometidos en todas partes, y se consolarán de obedecer maldiciendo á sus dueños y fiando en el porvenir. Su vida será larga. Los pelasgos, más poderosos, más fuertemente constituidos, perecerán cuerpos y bienes, sin dejar casi vestigios, y tal será su ruina, que durante algunos siglos los historiadores dudarán aún de su existencia.

Y sin embargo, con las revoluciones se preparan los designios de Dios. De todas estas ruinas y de todas las que las edades harán todavía, nacerá, en el tiempo marcado, un nuevo imperio, que, formado de todos, sucederá en los derechos de todos, y vengará todas las injurias; reinado de fuerza y de duración, que absorberá el universo en una unidad desconocida, en la unidad de la servidumbre, y le arrojará así á los piés del Salvador, á fin de que el Salvador no tenga más que una sola cadena que romper para dar libertad al mundo.